El Rincón de Haika

AMORES DESEO KUIR EMOCIONES DIVERSIDAD ROMATICISMOS GENERO SEXUALIDAD MASCULINIDADES QUEER AFECTOS POLITICAS SEXO MITOS QUEER DIVERSIDAD FEMINISMOS AMORES

LOS MITOS ROMÁNTICOS EN LA CULTURA OCCIDENTAL

Coral Herrera Gómez

COLECCIÓN
VOL. 5

Autora: Coral Herrera Gómez

Diseño de portada y material gráfico: Jorge Morales Carbonell

Año: 2012-2013

Geolocalización: Madrid-San José

Fuente original de los textos: El Rincón de Haika

http://haikita.blogspot.com/

"A pesar de los miles de poemas, canciones, novelas, óperas, dramas, mitos, y leyendas que han versado sobre el enamoramiento desde mucho antes de nuestra era; a pesar de las incontables veces que un hombre o mujer ha abandonado a su familia y amigos, cometido suicidio u homicidio, o ha sufrido graves pesares por causa del amor, muy pocos científicos han concedido a esa pasión el estudio que se merece"
Helen Fisher, (1992).

"La pasión amorosa, desde el principio, es incapaz de una visión objetiva del otro, de un entrar en él; antes bien, es un entrar profundo en nosotros mismos, es la soledad multiplicada mil veces, pero una soledad en la que parece ampliarse y arquearse la propia soledad, como rodeada de mil espejos resplandecientes, en un mundo que lo abraza todo"
L. Andreas-Salomé (1986)

"El amor es un nudo en el que se atan, indisolublemente, destino y libertad. Por más poderosa que sea la influencia de la predestinación (el ejemplo más conocido es el brebaje mágico que beben Tristán e Isolda), para que el destino se cumpla es necesaria la complicidad de los amantes". **Octavio Paz.**

Índice

Introducción

1 Los Mitos del Amor Romántico: príncipes azules, princesas, medias naranjas y eternidad.

2 El Mito de la Monogamia.

3 El Mito de la Heterosexualidad.

4 El Mito del Matrimonio por Amor.

Introducción

El amor romántico es una estructura sentimental y un producto cultural. Es un conglomerado de relatos, leyendas, mitos, cuya estructura se repite en todas las sociedades patriarcales casi invariablemente. Los héroes y las heroínas siguen siendo los mismos: mujeres y hombres heterosexuales que tras luchar contra una serie de obstáculos, logran reunirse con su amado o amada. Ellos son de una manera, y ellas son diferentes, de modo que se complementan a la perfección.

Nos venden las historias románticas como ejemplos revolucionarios de gente que se atreve a enfrentarse a sus monstruos por amor, pero el amor es también un anestesiante social, porque permite que la gente piense en sus revoluciones individualistas y mientras todo sigue como está.

La cultura nos ensalza la pareja heterosexual y monogámica y embellece las historias de amor y desamor. A través de las películas, las canciones, las novelas, etc asumimos lo "normal" y lo "natural", aprendemos a ser hombres y a ser mujeres, aprendemos a relacionarnos bajo unas pautas muy determinadas por las costumbres, prohibiciones, tabúes, creencias, prejuicios, etc. de la sociedad a la que pertenecemos.

Soñamos con el amor, nos desesperamos en las rupturas, perdemos la cabeza cuando somos correspondidos, nos cambiamos de país por amor, necesitamos compañía, chocamos con otros cuerpos y otras soledades, pero no sabemos querernos. Las expectativas generadas por los modelos de princesa y príncipe azul se derrumban cuando nos relacionamos en la vida real. La idealización y la decepción van parejos en un mundo en el que otras formas de amarse se presentan como aberraciones y provocan escándalo.

El amor es una potente fábrica de sueños imposibles y además es una forma moderna de trascendencia espiritual. Al enamorarnos, las potentes hormonas placenteras que se disparan en nuestros cuerpos hacen que la vida cobre una intensidad inusitada; que todo, el tiempo y el espacio, y nuestra concepción de la realidad, se trastoquen y adquieran nuevos colores y tonos. La gente al enamorarse siente las puertas del destino abiertas a multitud de posibilidades, y se sienten creativos, ilusionados ante un nuevo proyecto vital y amoroso. Bajo la máxima de que *el amor todo lo puede* somos capaces de realizar grandes *gestas***:** buscar un trabajo mejor remunerado, enfrentarnos con valentía al jefe, cambiarnos de ciudad o país, enfrentarnos a nosotros mismos (nuestros miedos, defectos, debilidades…).

En definitiva, el amor es una especie de religión posmoderna colectiva que nos promete la salvación, que nos ofrece paraísos, que nos convierte en protagonistas de nuestra propia novela. Cuando nos enamorarmos nos transportarnos a una dimensión *sagrada*, alejada de la gris cotidianidad de nuestra vida, que nos sirve, de algún modo, como **dispositivo para escapar de la realidad.** Es una forma de evadirnos análoga a los deportes de riesgo o las fiestas.

Enamorarnos es sentir que estamos vivos, es una forma de segregar adrenalina que, sin embargo, suele hacernos sufrir mucho cuando se acaba o nos *abandonan*. Y es muy curioso como nuestros sentimientos están predeterminados por la cultura en la que vivimos. Creemos que el amor es libre, pero en una sociedad homófoba es imposible vivir el amor en libertad.

Hay muchas culturas en el planeta y en cada una de ellas varían las formas de amar. Lo que en algunos sitios está prohibido, en otros es algo cotidiano. Lo que en unas comunidades subordina a las mujeres, en otra las libera. Hay amores basados en las luchas de poder, otros amores son libres y están colectivizados. En el mundo hay una diversidad amorosa que no se muestra habitualmente en los medios y las películas comerciales.

En nuestra cultura occidental el amor está constreñido, al menos en el discurso cultural hegemónico. La homofobia es cultural, la transfobia es cultural, el racismo y el especismo son culturales. En la cultura se gesta el miedo a lo otro, a lo diferente; en ella se crean los mitos, las metas, las prohibiciones, los prejuicios, y las obligaciones sociales.

Hoy el amor sigue apresado entre mitos que perpetúan el machismo y la desigualdad, pero funciona como mecanismo de escape, de evasión, de entretenimiento de las masas. Bajo la ideología del placer como pecado, nos venden las historias de amor basadas en el deseo monogámico, o enfocadas a la labor reproductiva y la fundación de una familia.

A través del amor romántico, inoculando deseos ajenos, el patriarcado aprovecha para controlar nuestros cuerpos, para heterodirigir nuestro erotismo, para lograr que asumamos los limites que tiene la feminidad y soñemos con la llegada de El Salvador (Jesús, el príncipe azul…) que nos elija como buenas esposas y nos ofrezca el trono del matrimonio.

Con el fenómeno de la globalización, los *happy ends* de la industria hollywoodiense se han expandido por todo el planeta, y hoy la gente de países remotos también sueña con encontrar a su media naranja. Esta **nueva forma de religión colectiva ofrece paraísos para ser vividos en solitario o en pareja, pero jamás compartidos con la comunidad.**

El amor romántico es la nueva utopía emocional de la posmodernidad, porque casa perfectamente con la filosofía neoliberal del "sálvese quien pueda".

A medida que la realidad se va poniendo más difícil, ahora que el capitalismo deviene en fascismo neoliberal, más gente se suma a la búsqueda de esas islas de bienestar, ternura, cariño y amor incondicional. Las falsas promesas del amor no desaniman a la gente a seguir anhelando la pareja perfecta, el amor equilibrado, la felicidad intensa, la eternidad. Son mitos de carácter sagrado que recorren nuestra cultura y vemos a diario en películas, series de televisión, novelas, culebrones, revistas, cuentos, canciones.

Desde la publicidad se nos machaca con la idea de que la felicidad está en el amor, y que se llega al amor a través del consumo. El amor tiene su propia oferta y demanda, y sus productos de usar y tirar; muchos buscan a la persona *ideal* con la que establecer la relación *perfecta.* Este mercado sentimental constituye una especie de búsqueda compulsiva del Paraíso, *edén emocional* en el que las ansias de autorrealización y de felicidad se ven colmadas y satisfechas. Al menos temporalmente, sentimos que podemos rozar el cielo y que podemos congelar el tiempo. Tal es la fuerza de la magia del amor.

El problema es que detrás de tanta belleza, el amor romántico sirve para que todo siga como está. La industria generada alrededor de la pareja idealizada sigue insistiendo en el modelo reproductivo, en el dúo egoísta que se encierre en su nidito, en las parejas que imitan el modelo hegemónico. Los demás amores son condenados, invisibilizados, y a menudo han de desarrollarse en la parte oscura de la sociedad. En territorios donde no llega la norma, donde las etiquetas de edad, etnia, idioma, género, etc. no importan. Son espacios llenos de luz y de gente rompiendo con las opresiones y aventurándose en nuevos caminos, pero no los vemos entre tanta boda real y tantas parejas felices inundando las pantallas.

Nuestra cultura tiene que abrir sus horizontes. Hace falta un cambio de modelo económico y político, y para ello la sociedad y la cultura tienen que empezar a mostrar otras concepciones sobre el amor, otras formas de quererse más diversas e inclusivas, otras formas de ayudarse y tender redes de solidaridad.

Hoy más que nunca hay que llevar a cabo toda una labor contracultural que destroce todos los mitos que hemos ido asumiendo desde la infancia hasta hoy. Hay que destripar roles, disolver estereotipos, y abrazar la diversidad sexual y amorosa. Hay que liberar la mente, el coño, el corazón, el deseo y la ternura, y dejar que el amor fluya por todos los espacios.

Olvidarse de la cultura del enemigo, que solo nos presenta conflictos entre buenos y malos, y abrazar la cultura de la amistad, de la toma de calles y plazas, del amor a la gente.

Coral Herrera Gómez

1 Los mitos del Amor Romántico

La palabra "**mito**" proviene del vocablo griego "mythos", comúnmente interpretado en nuestra lengua como "**narración**" o "relato". Los mitos ayudaron a los seres humanos a explicar los fenómenos naturales y poseyeron siempre un poder de trascendencia, una dimensión emotiva, religiosa y espiritual que se expresaba simbólicamente a través de relatos. **Platón y Aristóteles** lo usarán como término opuesto a *logos*, que es el discurso razonado y objetivo. La palabra ***mythos*** en la Antigüedad, posee así unas connotaciones emotivas y ficcionales; los mitos eran explicaciones del mundo no racionales, y por tanto no servían para explicar la realidad ni para acceder al conocimiento, aunque ni Platón ni Aristóteles consiguieron elaborar su Filosofía sin recurrir a ellos.

Entre todas las definiciones que hemos encontrado, nos parece que la definición de **Carlos García Cual** es una de las más eficaces y concretas: "*Mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano. (…) El relato mítico tiene un carácter dramático y ejemplar. Se trata siempre de acciones de excepcional interés para la comunidad, porque explican aspectos importantes de la vida social mediante la narración de cómo se produjeron por primera vez tales o cuales hechos*".

Por su parte, **Karen Armstrong** (2005) afirma que los mitos más impactantes tratan sobre situaciones límite y nos obligan a ir más allá de nuestra experiencia. Tratan de lo desconocido; **su función es ayudarnos a hacer frente a los conflictos humanos**. En este sentido, los mitos han sido la base de todas las culturas humanas, porque han otorgado a la sociedad modelos de conducta y actitudes, han ofrecido héroes y heroínas que superaban situaciones difíciles con valentía, inteligencia, astucia o estrategias. En los orígenes, ayudaban a las personas a encontrar su lugar en el mundo y su verdadera orientación, porque ayudan a saber de dónde venimos (mitos sobre antepasados), a dónde vamos, y también ayudan a explicar esos momentos sublimes en que nos sentimos transportados más allá de nuestras preocupaciones prosaicas.

Todas las mitologías hablan de un mundo paralelo al nuestro; es una realidad invisible pero más intensa que a veces se identifica con el mundo de los dioses. A esta creencia se la ha llamado "filosofía perenne" porque ha impregnado la mitología y la organización ritual y social de todas las sociedades antes del advenimiento de nuestra modernidad científica, y todavía hoy sigue influyendo en las sociedades tradicionales. **Los mitos explicaban cómo se comportaban los dioses para permitir a hombres y mujeres imitar a esos seres poderosos, y así experimentar ellos también la divinidad.**

Armstrong cree también que el mito es una guía, que transmite un código ético y que, además, ha configurado la base de todas las religiones. **En el caso de las religiones monoteístas como la cristiana, la musulmana y la budista, todas se han forjado a partir del mito del viaje heroico, que nos explica qué tenemos que hacer si queremos convertirnos en seres humanos completos**: "*El héroe tiene la sensación de que en su vida o en su sociedad falta algo. Por eso abandona el hogar u emprende peligrosas aventuras. Lucha contra monstruos, escala montañas inaccesibles y atraviesa oscuros bosques, y mientras su antiguo yo muere y el héroe descubre algo o aprende alguna habilidad que después transmite a su pueblo. (…) El mito del héroe está tan arraigado que hasta la vida de figuras históricas como Buda, Jesús, o Mahoma se cuenta siguiendo ese esquema arquetípico probablemente forjado en la era paleolítica".*

El mito, pues, ha estado siempre asociado a la experiencia de lo trascendente, inherente a la condición humana. Los humanos necesitan irrupciones en la rutina y la realidad de la vida cotidiana para trascenderla, para experimentar otras dimensiones temporales gracias a la intensidad de lo vivido. Siempre han necesitado esos mecanismos de escape que les sitúen en otra realidad, que les arrebaten, que les hagan entrar en éxtasis o en trance para sentir que pueden superar el *aquí* y el *ahora.*

Joseph Campbell (1964) afirma que una de las funciones del mito es apoyar el orden social en vigor, para integrar al individuo. Según él la función social de una mitología y de los ritos que la expresan es fijar en todos los miembros del grupo en cuestión un "**sistema de sentimientos**" que habrá de unirle espontáneamente a los fines de dicho grupo. Kirk (1990) cree que **los mitos surgieron como *trucos narrativos* que utilizaron los humanos para socializar a los niños y facilitar su integración** psíquica en la sociedad. Son, desde este punto de vista, narraciones contra el terror que provoca lo desconocido, explicaciones del mundo que guían a los humanos en sus primeras fases de socialización.

Los mitos, sin embargo, **no han permanecido invariables; cambian con las culturas**, se adaptan a nuevas realidades socioeconómicas y políticas que se consolidan gracias al apoyo del sistema simbólico y mitológico creado para sustentarlo. En Occidente, pese al proceso de desacralización de la sociedad característica de la posmodernidad, los mitos siguen cumpliendo estas funciones, aunque con variaciones.

Denis De Rougemont (1939) cree que necesitamos los mitos "*para expresar el hecho oscuro e inconfesable de que la pasión está vinculada con la muerte y que supone la destrucción para quienes abandonan a ellas todas sus fuerzas. (…) La oscuridad del mito nos permite, así, acoger su contenido disfrazado y gozar de él con la imaginación, sin tomar una conciencia lo bastante clara para que estalle la contradicción*". El mito expresa esas contradicciones y actúa en todos los lugares "en que la pasión es soñada como un ideal y no temida como una fiebre maligna". También

en los lugares en que la fatalidad es requerida, imaginada como una bella y deseable catástrofe.

Centrándonos en los mitos del amor de pareja, De Rougemont cree que **el mito del amor c**ortés ha llegado a nosotros a través de la Literatura en un proceso progresivo de profanación: "*Cuando los mitos pierden su carácter esotérico y su función sagrada se resuelven en literatura. El mito cortés, mejor que cualquier otro, se prestaba a ese proceso, puesto que había podido traducirse sólo en términos de amor humano, aunque entendidos en sentido místico*". Una vez desvanecido ese sentido, quedó una retórica que expresaba la necesidad de un ideal "que había dejado en la conciencia un conocimiento místico reprobado y luego perdido".

El principal mito que encontramos en el romanticismo es la frase que concluye los relatos de amor: "y vivieron felices, y comieron perdices". La estructura mítica de la narración amorosa es casi siempre la misma: dos personas se enamoran, se ven separadas por diversas circunstancias, obstáculos (dragones, bosques encantados, monstruos terribles) y barreras (sociales y económicas, religiosas, morales, políticas). Tras superar todos los obstáculos, la pareja feliz por fin puede vivir su amor en libertad. Evidentemente, como mito que es, esta historia de obstáculos y superaciones está atravesada por las ideologías patriarcales, que **ponen la misión en manos del héroe, mientras que la mujer espera en su castillo a ser salvada: él es activo, ella pasiva (el paradigma de este modelo es la Bella Durmiente, que pasó nada más y nada menos que CIEN!!!!! años dormida esperando a su príncipe).**

Los **dos principales mitos del amor romántico son el príncipe azul y la princesa maravillosa**, basados en una rígida división de roles sexuales (él es el salvador, ella es el descanso del guerrero) y estereotipos de género mitificados (él es valiente, ella miedosa, él es fuerte, ella vulnerable, él es varonil, ella es dulce, él es dominador, ella es sumisa). Estos modelos de feminidad y masculinidad patriarcal son la base de gran parte del dolor que experimentamos al enamorarnos y desenamorarnos, porque se nos vende un ideal que luego no se corresponde con la realidad.

Principalmente porque todos somos fuertes y frágiles, activos y pasivos, dominadores y sumisos; pero curiosamente nos encajonamos en unas etiquetas que determinan nuestra identidad, sentimientos, actitudes y comportamiento para toda la vida. **Estas etiquetas nos dan una seguridad** (soy el abuelo en la familia, soy el profesor en la escuela, soy la esposa complaciente, soy la ejecutiva agresiva, soy el adolescente problemático, soy el chico romántico, soy la joven alocada, soy el jefe tiránico…), **pero nos quitan libertad para reinventarnos, para cambiar, evolucionar o aprender nuevas formas de relacionarnos**. La pareja, por ejemplo, es una categoría social mitificada como el lugar donde hallar gozo, paz, calma, tormento, alegrías, estabilidad, bajo la promesa de la fusión total. Son muchos los enamorados y enamoradas que desean levantar cuanto antes su amor sobre la estructura sólida de la pareja feliz, un mito que ayuda a concluir los relatos y que se presenta como *el*

paraíso sentimental gracias al cual evadirnos de esta realidad.

Hasta ahora **la feminidad pasiva ha sido mitificada en los relatos para tranquilizar a los machos y suavizar su ancestral miedo a las mujeres**, por un lado, y para ofrecer modelos de sumisión idealizada a las mujeres, por otro. Muchas de las mujeres de las culturas patriarcales han sido educadas para asumir en muchos casos el **rol de mujer fiel cuya máxima en la vida no es alcanzar la libertad (deseo masculino por excelencia), sino el amor a través de un hombre (lo que se supone que es *normal* en las mujeres).**

La princesa del cuento es una mujer de piel blanca y cabellos claros, rasgos suaves, voz delicada, que se siente feliz en un ámbito doméstico (generalmente un lujoso palacio, al cuidado de sus padres) y cuyas aspiraciones son muy simples: están siempre orientadas hacia el varón ideal de sus sueños. La princesa es leal a su amado, lo espera, se guarda para él, como hiciera Penélope durante más de veinte años esperando a Ulises. **La princesa encontrará su autorrealización en el *gran día de su vida*; la boda con el príncipe. La princesa es una mujer discreta, sencilla, llena de amor y felicidad que quiere colmar de cuidados y cariño a su esposo y que además le dará hijos de cuya paternidad podrá estar seguro. Es una *mujer buena*** frente a las mujeres malas, aquellas representadas como seres malvados, egoístas, manipuladores, caprichosos, insaciables, débiles y charlatanes. Las *malas* disfrutan pasionalmente del sexo, pero a pesar de que atraen a los hombres por su inteligencia y sus encantos, no ofrecen seguridad al macho, que casi nunca las eligen para ser princesas ni les piden matrimonio. Son tan atractivas como peligrosas, por eso evitan enamorarse de ellas, como fue el caso de **Ulises con Circe.**

El príncipe azul es otro mito que opera en el imaginario femenino porque se nos ofrece siempre como figura salvadora, del mismo modo que Jesucristo o Mahoma salvaron a la Humanidad de sus pecados. Nótese que Eva es la mujer mala por cuya curiosidad y desobediencia los seres humanos fuimos condenados al dolor y la muerte. **Sólo un Hombre como Jesús podía venir a salvarnos**; pero ni con su muerte logró que su padre nos perdonase.

Jesús es un hombre bueno y valiente que cree en las causas justas y no le importa sacrificarse por ellas. Del mismo modo, el príncipe azul es un héroe porque pone la misión (matar al dragón, encontrar al tesoro, derrotar a las hordas malvadas, devolver el poder a algún rey, etc) por delante de su propia vida. El príncipe azul es un hombre activo, saltarín, espadachín, gran atleta, buen jugador, gran estratega, noble de corazón. Es joven, travieso, algo ingenuo; a las mujeres les derrite este modelo porque es un ser valiente y bueno que necesita campo para correr y que pese a su gallardía, es tierno y dulce en la intimidad. **El príncipe se convierte en Hombre en todos los relatos, porque la aventura que vive es su rito de paso de la juventud a la adultez, dado que tiene que superarse a sí mismo**

para poder lograr su triunfo (el amor de la princesa rosa). Así podrá protegerla, enseñarla, amarla para siempre y hacerle muchos hijos.

Estos dos mitos de género y la mayor parte de los mitos amorosos surgieron en la época medieval; otros han ido surgiendo con el paso de los siglos, y finalmente se consolidaron en el XIX, con el Movimiento Romántico. De ellos nos quedan, según Carlos Yela García (2002), unos cuantos que configuran nuestras estructuras sentimentales en la actualidad:

• **Mito de la media naranja**, derivado del mito amoroso de Aristófanes, que supone que los humanos fueron divididos en dos partes que vuelven a unirse en un todo absoluto cuando encontramos a nuestra "alma gemela", a nuestro compañero/a ideal. Es un mito que expresa la idea de que **estamos predestinados el uno al otro; es decir, que la otra persona es inevitablemente nuestro par, y solo con ella nos sentimos completos**. El mito platónico del amor expresa un sentimiento profundo de encuentro de la persona consigo misma, "y su culminación es recuperar los aspectos que nos fueron amputados y de esa manera, recuperar nuestra propia y completa identidad. Es decir, poder ser todo lo que somos y lo más plenamente posible" (Coria, 2005). El mito de la media naranja sería una imagen ingenua y simplificada del mito platónico que intenta transmitir esa búsqueda de la unidad perdida, pero su principal defecto es, según Coria, que uno más uno termina resultando uno, lo cual es un grave error, no sólo aritmético, que es asimilado mayoritariamente por mujeres.

• **Mito de la exclusividad**: creencia de que el amor romántico sólo puede sentirse por una única persona. Este mito es muy potente y tiene que ver con la propiedad privada y el egoísmo humano, que siente como propiedades a las personas y sus cuerpos. Es un mito que sustenta otro mito: el de la monogamia como estado ideal de las personas en la sociedad.

• **Mito de la fidelidad:** creencia de que todos los deseos pasionales, románticos y eróticos deben satisfacerse exclusivamente con una única persona: la propia pareja.

• **Mito de la perdurabilidad (o de la pasión eterna):** creencia de que el amor romántico y pasional de los primeros meses puede y debe perdurar tras miles de días (y noches) de convivencia.

• **Mito del matrimonio o convivencia**: creencia de que el amor romántico-pasional debe conducir a la unión estable de la pareja, y constituirse en la (única) base del matrimonio (o de la convivencia en pareja). Esto nos crea problemas porque vimos que la institucionalización de la pasión, y el paso del tiempo, acaban con ella. Por eso nos divorciamos y buscamos nuevas pasiones que nos hagan sentir vivos, pero en seguida la gente vuelve a casarse, cometiendo el mismo error que la primera vez. El matrimonio en la Era de la soledad ha visto, así, aumentada su dimensión mitológica e idealizada: "La idolatría del matrimonio es la contrapartida de las pérdidas que produce la modernidad. Si no hay Dios, ni cura, ni clase, ni

vecino, entonces queda por lo menos el Tú. Y la magnitud del tú es el vacío invertido que reina en todo lo demás. Eso significa también que lo que mantiene unido al matrimonio y a la familia no es tanto el fundamento económico y el amor, sino el miedo a la soledad" (Ulrick y Elisabeth Beck, 2001).

• **Mito de la omnipotencia:** creencia de que "el amor lo puede todo" y debe permanecer ante todo y sobre todo. Este mito ha sujetado a muchas mujeres que han creído en este poder mágico del amor para salvarlas o hacerlas felices, pese a que el amor no siempre puede con la distancia, ni los problemas de convivencia, ni la pobreza extrema

.• **Mito del libre albedrío:** creencia que supone que nuestros sentimientos amorosos son absolutamente íntimos y no están influidos de forma decisiva por factores socio-biológicos-culturales ajenos a nuestra voluntad.

• **El mito del emparejamiento:** creencia en que la pareja es algo natural y universal. La convivencia de dos en dos ha sido, así, reificada en el imaginario colectivo, e institucionalizada en la sociedad.

Gracias a nuestra actividad racional, la Humanidad puede no solo construir mitos, sino también deconstruirlos, porque en ellos están insertos los miedos, las motivaciones, el sistema de creencias, los valores, la ética, los modelos a seguir y los deseos de los miembros de esa cultura. En el caso del romanticismo patriarcal, **creo que es fundamental exponer las entrañas de sus mitos para poder acabar con la desigualdad y con el patriarcado a nivel narrativo, emocional e ideológico**. Es importante mostrar la falsedad de esas idealizaciones que nos encajonan en unas máscaras sociales, que empobrecen nuestras relaciones y nos hacen sufrir porque chocan con la Realidad, generalmente menos bella y maravillosa que la fantasía amorosa.

La simplicidad de los estereotipos de género invisibiliza la amplia gama de modos de ser, de estar y de relacionarse que existen para hombres, mujeres y gente transgénero. Nos encierra en unos supuestos sobre lo que deberíamos ser, cómo deberíamos estar y sentir. De igual modo, los mitos amorosos crean unas expectativas desmesuradas que luego causan una intensa decepción, más hoy en día que no tenemos *tolerancia al no*; nos frustra todo enormemente porque nos ilusionamos con las promesas que nos venden en los relatos de la sociedad globalizada. El modelo de amor idealizado y cargado de estereotipos aprisiona a la gente en divisiones y clasificaciones **perpetuando así el sistema jerárquico, desigual y basado en la dependencia de sus miembros en el que vivimos.**

Además, provocan dolor en la gente porque **el amor no es eterno, ni perfecto, ni maravilloso, ni nos viene a salvar de nada**. La utopía del amor romántico, con sus idealizaciones, es la nueva religión colectiva que nos envuelve en falsas promesas de autorrealización, plenitud, y felicidad perpetua. De ahí la insatisfacción permanente y la tensión continua entre el deseo y la Realidad que sufrimos los habitantes de la posmodernidad.

Y es que **nos pasamos la vida sufriendo decepciones precisamente por estas "ilusiones" que nos invaden en forma de espejismo. Es cierto que nos ayudan a evadirnos, pero quizás estamos en un momento en el que deberíamos dejar de entretenernos y de escaparnos tanto de la Realidad que no nos gusta**. La desigualdad, la pobreza, el hambre, las guerras, el engaño de políticos y empresarios a las comunidades, el destrozo medioambiental y la sensación de que nada es lo que parece (ni la democracia, ni la paz, ni los Estados) invaden los telediarios. Y mientras, las mujeres siguen esperando a su príncipe azul y los hombres a sus princesas virginales en un círculo vicioso que no se completa jamás, porque no existen y porque **las personas somos infinitamente más complejas y contradictorias que los personajes planos de los cuentos patriarcales**.

Lo lógico debería ser poder transformar los relatos, contar nuevas historias, cambiar los modelos idealizados que han quedado obsoletos, construir héroes y heroínas de carne y hueso, **crear nuevos mitos que nos ayuden a construir unas sociedades más justas, igualitarias, ecologistas, cultas y pacíficas**. Encaminar nuestros esfuerzos al bien común, trabajar para proponer otras realidades, luchar por construir otras nuevas **en lugar de huir de lo que hay mediante paraísos emocionales y promesas de salvación individuales.**

3 El mito de la Monogamia

«No hay duda de que los seres humanos pueden ser monógamos, (si deberíamos serlo o no es otra historia) pero no nos equivoquemos: es raro y difícil que lo seamos.»

(Barash y Lipton, 2003)

"La hembra humana suele disponer de menos poder imaginativo que el varón. La naturaleza, con tiento y previsión, lo ha querido así, porque de acaecer lo contrario y hallarse la mujer dotada de tanta fantasía como el hombre, la lubricidad hubiera anegado el planeta y la especie humana hubiera desaparecido volatilizada en delicias".

(Ortega y Gasset, 1941).

La monogamia es un mito, y en contra de lo que mucha gente cree, no es algo natural, sino que **es una construcción social humana que surge en algunas culturas y en otras no. La monogamia es un relato ejemplarizante, un modelo a seguir** que se graba en nuestras conciencias como si fuera una ley divina.

La relación amorosa monogámica está basada en un contrato de exclusividad sexual, por lo tanto tiene una base social y cultural, pero no biológica. La monogamia es ensalzada por la cultura patriarcal como una de las esencias del amor verdadero, por eso el adulterio es otro relato que rechaza las relaciones al margen de ese modelo. **El adulterio es clandestino y subversivo porque representa la ruptura de ese pacto conyugal,** y no solo sacude los cimientos de la pareja, sino también los de la institución familiar y por extensión, la estructura social al completo. Manifiesta, como la prostitución, toda la hipocresía de la sociedad burguesa, ya que es un fenómeno muy frecuente en una sociedad que dice ser monogámica, y porque constituye la fuente de gran parte de las historias de amor que consumimos a través de los medios de masas y los productos de las industrias culturales.

David P. Barash y Judith Eve Lipton (2003) demostraron que **la monogamia es un mito que cada vez tiene menos fundamento. En el mundo animal, especialmente entre los mamíferos, la monogamia es una rareza:** De entre cuatro mil especies de mamíferos, no más de unas pocas docenas forman vínculos de pareja fiables, como los murciélagos (solo unas pocas especies), ciertos cánidos (en especial zorros), unos pocos primates (como los titís), un puñado de ratones y ratas, la nutria gigante de Sudamérica, el castro del norte, unas cuantas especies de focas y un par de pequeños antílopes africanos.

También lo es en la especie humana: Barash y Lipton presentan diversos estudios que demuestran esta excepcionalidad:

– De 185 sociedades humanas examinadas por el antropólogo C.S.Ford y el psicólogo Frank Beach, solo 29 (**menos del 16%) restringían formalmente a sus miembros a la monogamia. Además de permitir el sexo extramarital entre parientes designados, otras sociedades monógamas aprueban el sexo extramarital en momentos específicos, de modo especial en**

festividades religiosas o de recogida de la cosecha, como el carnaval brasileño.

– En su estudio clásico *Social structure* el antropólogo G.P. Murdoch descubrió que **entre 239 sociedades humanas distintas de todo el mundo, solo en 43 se imponía la monogamia** como único sistema matrimonial aceptable.

– Un estudio de 56 sociedades humanas diferentes descubrió que en nada menos que en un 14% de ellas prácticamente todas las mujeres mantenían CFP (cópulas fuera de la pareja), mientras que en un 44% hacía lo propio una proporción moderada, y en un 42% las mantenían relativamente pocas.

- En el caso de los hombres: casi todos los hombres practicaban CFP (cópulas fuera de la pareja) en un 13% de las sociedades, una proporción moderada de ellos hacía otro tanto en un 56% y unos pocos lo hacían en un 31%.

La monogamia es tratada por la sociobiología como un mecanismo de perpetuación de la especie: autores como David Buss, Helen Fisher o Campillo Álvarez entienden que la fidelidad sexual está originada por la necesidad de los hombres de asegurarse la paternidad, y la necesidad de las mujeres de obtener la protección de los hombres. Creen, en esta línea, **que los celos representan la fuerza del egoísmo de los genes, cuya obligación es transmitirse.** Hasta la llegada de las pruebas de ADN a finales del siglo XX, los machos solo tenían una forma de garantizar que las crías de su compañera fueran suyas: copular a diario con ella y vigilarla.

Para autoras como Helen Fisher (2004), l**os celos son una respuesta adaptativa humana. Son útiles tanto para acabar una relación como para mantenerla.** Los celos pueden, en su vertiente negativa, perjudicar una relación, porque las personas celosas tienden a estrechar la vigilancia sobre el compañero o la compañera y porque se reduce la confianza mutua de la pareja. Por otro lado, sin embargo, los psicólogos creen que los celos pueden servir para que el compañero desconfiado vuelva a confiar en su pareja gracias a declaraciones de fidelidad y afecto, lo que pueden contribuir a la durabilidad de la relación. Sin embargo, también pueden ser señal de que la relación está fallando y la persona celosa puede tener miedo a contraer enfermedades de transmisión sexual, y a quedarse sola.

También en el campo de la sociobiología se ha explicado el deseo de promiscuidad del macho con el *efecto coolidge*, que alude a la preferencia

de los machos por estímulos sexuales novedosos. Hasta hace muy poco el interés se ha centrado en el apetito masculino, pero autores como Buss han puesto de relieve **el escaso estudio que ha existido sobre las ventajas que las hembras humanas obtienen del sexo ocasional.**

Un beneficio decisivo para la mujer según la sociobiología es el acceso inmediato a recursos; es una perspectiva teórica que nos parece que no contempla la necesidad y los apetitos sexuales de las mujeres, sobre todo porque el objetivo de las mujeres en la vida no suele ser el acceso a recursos, especialmente si trabajan o pueden obtenerlos ellas mediante la caza, la recolección o la agricultura.

Otro beneficio que las mujeres pueden obtener del sexo ocasional, según la sociobiología, es una autoevaluación más exacta de lo deseables que resultan: infravalorarse es perjudicial para las mujeres, porque se contentan con compañeros menos deseables.

A través de las relaciones sexuales ocasionales, la mujer también se asegura protección contra los conflictos que surjan con otros hombres o con competidores. Tener un segundo compañero que la defienda y proteja puede ser especialmente ventajoso para las mujeres que corran un riesgo elevado de ser violadas. Para Buss, un amante sirve asimismo como posible sustituto del compañero habitual de la mujer si este le abandona, se pone enfermo o cae herido, es estéril o muere, acontecimientos todos ellos bastante frecuentes en un entorno ancestral.

En un estudio realizado por David Buss y Heidi Greiling, se puso de manifiesto que las mujeres tienen aventuras fundamentalmente cuando no están satisfechas con su pareja, o cuando tratan de sustituirla, o para hacer más fácil la ruptura con ella. Por su parte, Baker y Bellis han hallado que las mujeres suelen tener relaciones extramatrimoniales con hombres de posición social más elevada que la de sus maridos. Si os dais cuenta, todos los motivos que encuentran los científicos no residen en el deseo sexual femenino, sino en su necesidad de recursos. Esta necesidad no se da en culturas no patriarcales, de modo que no se puede suponer que todas las humanas viven en culturas donde son marginadas del poder.

Siguiendo con estas tesis sociobiológicas, la mayoría de las mujeres no reducen su nivel de exigencia cuando tienen breves aventuras amorosas: según Helen Fisher (2007), siguen buscando a un compañero estable, sano, divertido amable y generoso. Los hombres en cambio rebajan sus aspiraciones y «tienden a pasar por alto la falta de inteligencia por parte de la mujer. También eligen a mujeres menos atléticas, menos fieles, menos estables, con menos sentido del humor y de un rango de edades más amplio. Sin embargo, cuando los hombres quieren comprometerse con una pareja a largo plazo, se vuelven muy exigentes con algunas virtudes básicas.

La necesidad de relacionarse sexual y afectivamente con otros hombres que no sean la pareja oficial por parte de las mujeres ha sido invisibilizada por la ciencia bajo el supuesto de que las hembras no tienen el mismo grado de deseo sexual que los machos, cosa que como hemos visto en el artículo dedicado a la sexualidad

femenina, ha sido demostrada como falsa por autores como Fisher, y Barash y Lipton.

De hecho, los descubrimientos y revisiones científicas más excitantes generadas por la reciente demolición del mito de la monogamia conciernen al papel de las hembras:

"Los biólogos han empezado a constatar que las hembras tienen sus propias estrategias: aparearse con más de un macho, controlar el resultado de la competición entre espermatozoides (o al menos influir en ella), obtener en ocasiones beneficios personales, como alimento o protección, a cambio de esas copulaciones fuera de la pareja, así como beneficios indirectos, genéricos, que finalmente se concentran en su progenie. [...] Después de capturar vivas a aves migratorias al menos un 25% de ellas resultaron ser ya portadoras de semen. ¡Y esto antes de haber llegado a las áreas de reproducción a las que se dirigían! Es evidente que ***cuando las hembras establecen su nido con un macho territorial, más de una y más de dos han perdido ya su virginidad*****".** (Barash y Lipton, 2003).

Sin embargo, nuevos descubrimientos han demostrado que la competencia espermática es consecuencia de la preferencia de las hembras por estímulos sexuales novedosos: los machos pueden imponer a sus parejas **el equivalente a un cinturón de castidad, un «tapón copulatorio»**. Entre muchas especies —incluida la mayoría de los mamíferos— parte del fluido seminal se coagula o forma una masa gomosa, a menudo visible, que sobresale ligeramente de la vagina. Solía pensarse que servían para impedir que el semen se derramara al exterior. Pero está cada vez más claro que también funcionan en la dirección opuesta: para impedir la entrada a otros machos. **Tales ingenios no serían necesarios si las hembras no mostraran inclinación a aparearse con más de un macho.**

En muchos animales (especialmente insectos) **el pene no es meramente un conducto para el esperma; es también un raspador, un taladro, un escariador, un sacacorchos; una verdadera navaja del ejército suizo llena de ingenios y dispositivos evolucionados para eliminar el esperma de cualquier macho precedente.**

Para estos autores, **en las estadísticas sobre infidelidad hay algo que no se explica muy bien,** porque los hombres admiten haber tenido más parejas sexuales que las que dicen haber tenido las mujeres: Esto solo es posible si supone un pequeño número de hombres, ya que asumiendo que todo encuentro heterosexual implica a un hombre y una mujer, las cifras han de casar. Hay también importantes pruebas a favor de que los hombres tiendan a exagerar el número declarado de encuentros sexuales, mientras que las mujeres tienden a subvalorar el suyo. Esta discrepancia podría ser el resultado de lagunas de memoria genuinas de las mujeres y/o del engaño inconsciente.

Además, la doble moral sexual es característica de las sociedades patriarcales; el adulterio femenino es social y legalmente penalizado con mayor dureza que el masculino, de modo que las mujeres siempre han sido más silenciosas a la hora de cometer adulterio, porque se jugaban la vida, y

los hombres más propensos a jactarse de sus conquistas amatorias, ya que así parecen más viriles.

El adulterio constituye un modo de evadirnos de la realidad suprema. Es, también, un afrodisíaco que incentiva el erotismo y el deseo, pero sólo porque está prohibido. Este deseo surge de manera explosiva cuando existen obstáculos, normas, contratos que romper, porque nos permite llevar una realidad paralela, porque nos dota de una nueva identidad, porque rozamos el lado oscuro de la realidad, porque transgredimos normas y satisfacemos nuestros deseos. Lo prohibido, la clandestinidad... todo constituye un juego peligroso que consiste en disfrutar sin que te pillen.

El adulterio nos sube la autoestima y está basado en la idea de que uno se merece disfrutar: los y las adúlteras han firmado un pacto de fidelidad, pero se lo saltan porque creen que la vida es corta, porque hay que disfrutarla, porque uno se lo merece más que nadie, porque no se puede evitar lo que se siente. Entonces nos convertimos en mentirosos, buscadores de coartadas que nos permitan disfrutar, nos sentimos traidores porque estamos cogiendo lo mejor de todo. A algunos les causa un intenso y doloroso conflicto consigo mismos; otros son capaces de practicarlo sin remordimientos. Algunos lo viven como un acontecimiento excepcional en sus vidas, y otros rompen su matrimonio e inician la misma aventura conyugal, firmando un nuevo pacto de fidelidad con el amante ahora convertido en marido o esposa.

Para Barash y Lipton, el análisis transcultural de las tasas de infidelidad muestra que las hembras y los machos son muy similares. Entre las razones culturales que encuentran para el establecimiento de la monogamia:

· - *Es una forma de relacionarse aparentemente basada en el igualitarismo, si se la compara con la poliginia, en la que el macho tiene un harén de hembras*: «se infiere de ello que de algún modo vale tanto como todas ellas juntas. es más valioso e importante que cualquiera de sus esposas por separado». De la misma manera si una hembra tiene muchos machos (poliandria), «da la impresión de que la valía y el mérito de cada uno de sus maridos son inferiores a los de esa hembra dominante. Esto no ocurre en el caso de la monogamia que, cualesquiera que sea sus dificultades biológicas, se percibe como moralmente justa, aunque solo sea porque es un vínculo equitativo, un compromiso al 50% en el que tanto el macho como la hembra tienen igual peso».

· **- Más vale malo conocido que bueno por conoce**r. Puede que algunos animales (y, ocasionalmente, algunas personas) establezcan uniones monógamas porque son, en cierto sentido, conservadores: «*El cortejo y el apareamiento son arriesgados, requieren que las dos partes salgan de su concha personal y se hagan vulnerables al rechazo, a ser heridas, a elegir mal o simplemente a perder tiempo y energía. Tras haber pasado por ello todo una vez y habiendo conseguido una pareja, es posible que ciertos individuos opten simplemente por poner fin a tan turbadoras y arriesgadas prospecciones y sienten la cabeza para llevar una vida recogida y confortablemente hogareña*».

-Otra teoría es **la larga infancia de las crías humanas**; es razonable que las madres y los padres estén dispuestos a compartir las tareas parentales literalmente por el bien de los hijos. En animales se ha documentado que cuando más tiempo pasa junta una pareja, más probabilidades tiene de criar con éxito a sus descendientes. Esto puede deberse a que la experiencia y mutua familiaridad favorecen una atención parental mejor y más eficiente. Los compañeros que permanecen juntos durante años tienen por lo general más probabilidades de ser los que alcanzan un mayor éxito reproductivo.

A veces, las opciones de ambos sexos se ven restringidas simplemente por la fuerza de las circunstancias. El resultado es una **mayor probabilidad de monogamia simplemente porque no hay grandes alternativas**. Sin embargo, la monogamia es una forma de regular desde el poder las relaciones humanas. Es una constricción social y política a la forma de relacionarse entre los humanos que **en realidad siempre ha servido más para constreñir al sexo femenino. Las culturas patriarcales imponen la monogamia porque es un sistema que sirve para la sujeción de la mujer y el control de su sexualidad; un ejemplo de ello es la cita que encabeza este artículo.**

En el mundo animal, la monogamia es practicada bajo el engaño al otro miembro de la pareja. Muchas veces el macho ejerce una vigilancia feroz en la época del celo femenino, porque necesita asegurarse de que la inversión parental que va a realizar es ejercida sobre su prole, no sobre los genes de otro macho.

Sin embargo, cuando sale del nido o la guarida para realizar sus cópulas fuera de la pareja, las hembras hacen lo mismo. Muchas eligen a buenos padres que cuiden del nido, pero copulan a escondidas con machos lustrosos y poderosos, que no son buenos padres pero que les otorgarán buenos genes: "*Es como si los machos deseables supieran que lo son, con lo que tienden a exhibir su palmito por doquier. [...] Como contraste, los machos comparativamente poco atractivos muestran más tendencia a ser buenos padres. Al parecer le sacan todo el partido posible a su mala situación comportándose tan paternalmente como pueden, aunque parte de la descendencia atendida no sea suya*". (Barash y Lipton)

Según Barash y Lipton, la violación, el maltrato, el divorcio, el matrimonio, los celos y las peleas conyugales no son fenómenos exclusivamente humanos. Los animales machos y hembras son felices cuando reina la armonía entre ellos, se enfurecen si sus parejas les son infieles, abandonan a sus parejas si encuentran otras mejores, y cambian de pareja si la suya se muestra excesivamente violenta y celosa. De algún modo estos estudios en el campo de la biología nos ayudan a entender que los celos son un fenómeno que se da entre los seres vivos que se relacionan sexualmente, pero obviamente también se entiende que la monogamia total y exclusiva es un fenómeno extraordinario; es más bien un ideal mitificado que una realidad.

El problema de la moral monogámica es que la fidelidad a menudo se impone por la fuerza física o a través de la violencia simbólica: "*El adulterio —o las sospechas de adulterio— es una de las grandes causas de divorcio, y también de la violencia doméstica. Alrededor de un tercio de los casos de violencia doméstica con resultado de muerte en Estados Unidos se deben a la infidelidad de la mujer, haya sido esta correctamente atribuida o una mera sospecha. La frecuencia de la violencia generada por la infidelidad es, si cabe, aún más elevada en otras sociedades.* (Barash y Lipton, 2003).

Así podemos ver que la monogamia está atravesada por el concepto de poder, y de que de algún modo es un modelo amoroso que genera multitud de tragedias y relatos literarios. Lo curioso es que el poder patriarcal fue el que instauró la monogamia como sistema obligatorio para las parejas, pero especialmente para las mujeres; de ahí la doble moral patriarcal que tolera el adulterio masculino y la existencia de la prostitución femenina, que alivia a los hombres promiscuos.

Según Leah Otis-Cour, tanto en la sociedad romana como en la germánica, el adulterio de la mujer se consideraba un delito grave y una amenaza para la familia, ya que ponía en duda las pretensiones de paternidad del marido sobre los hijos concebidos por la mujer. En el mundo carolingio el adulterio femenino era uno de los crímenes capitales junto al asesinato y al incendio.

El adulterio fue también tomado en serio por la Iglesia católica, que veía en él un pecado contra el sacramento del matrimonio. Para **San Agustín** la fidelidad era uno de los objetivos de la unión conyugal y debía de ser recíproca, mientras que la sociedad secular tendía a ignorar el adulterio masculino, pero condenaba a muerte o mutilación a la adúltera.

A pesar de jugarse la vida en muchas etapas históricas (recordemos que en la actualidad las mujeres son lapidadas y asesinadas en países como Irán por adúlteras), **las mujeres han tenido siempre relaciones extramatrimoniales, han ejercido su libertad y su derecho al placer, han saciado su apetito sexual y sus anhelos amorosos, han elegido a las personas con las que han deseado tener relaciones, aunque pesasen sobre ellas los castigos más terribles.**

Esto demuestra, de alguna manera, que no solo el hombre es «infiel por naturaleza», y que esa sospecha, creo, es lo que ha llevado a los hombres a legislar tan duramente contra las mujeres libres, y a asesinarlas. Y es que **uno de cada tres hijos no es de su padre, lo que revela, desde que comenzaron los análisis de ADN para comprobar paternidades, que la mujer es infiel pero no presume tanto de ello como los varones**, quizás porque la virilidad está asociada a la cantidad de relaciones amorosas con mujeres que logran acumular los hombres. En cambio la *esencia* de la feminidad en el patriarcado es la pureza, la falta de deseo sexual, la sumisión al macho dominante. Por eso cuando una mujer no encaja en ese estereotipo esencialista, es condenada por la sociedad a través de la condena moral y los relatos con castigos ejemplarizantes, como es el caso de Madame Bovary.

La monogamia se ha mitificado hasta tal punto en los relatos que ya no advertimos que no es un asunto biológico ni *natural,* sino que es un mito

que perpetua la creación de familias heterosexuales basadas en uniones duales y exclusivas, con sentimientos de pertenencia y posesión que hacen aún más dolorosas, si caben, las relaciones humanas de carácter erótico o sentimental. **Aun existe gente que se muestra orgullosa de no haber tenido relaciones sexuales más que con su pareja de toda la vida; y a pesar de ello, el adulterio es un fenómeno natural en nuestras sociedades, extendido en todas las capas sociales y en hombres y mujeres por igual.** Curiosamente, sin embargo, el adulterio es vivido y representado como una alta traición, como un pecado mortal, como un delito contra el amor. Afortunadamente, en otras culturas se da sin tanto dolor porque no es clandestino, ni ha de ocultarse, ni crea más problemas entre las parejas.

4 El Mito de la Heterosexualidad desde una perspectiva queer

La heterosexualidad es una construcción social y cultural que se ha instalado en el imaginario colectivo como un fenómeno *natural*, como si la unión macho-hembra fuese una ley divina o una ley física o matemática. Tanto es así que **a las niñas desde pequeñas se las pregunta si tienen novio y a los niños si tienen novia sin apenas darnos cuenta de que preguntando estamos afirmando**. Y al afirmar, imponemos una idea sobre lo que es *normal*, es decir, que a los niños les gusten las niñas, y no los niños.

El concepto de *normalidad* varía de cultura en cultura, por épocas y zonas geográficas; además, todo lo biológico en nosotros es cultural y viceversa. Por ejemplo en la Antigua Grecia la homosexualidad era *normal,* como eran normales las relaciones homoeróticas entre sabios y jóvenes discípulos. En cambio en nuestra cultura actual la pederastia es una desviación, una aberración, una anormalidad penada con años de cárcel.

Piensen de nuevo: *¿Tienes novio ya?* Una pregunta así, aunque parezca inocente, inevitablemente **dirige el erotismo y los sentimientos de las personas hacia el sexo opuesto**. Una pregunta de signo contrario abriría enormemente el abanico de posibilidades afectivas y sexuales de la niña o el niño, pero a la mayor parte de los adultos no se les ocurre porque en su conciencia la heterosexualidad es la norma, está invisibilizada como construcción, integrada en los supuestos de cómo es la vida (o más bien, cómo *debería ser*). Esos *supuestos* se aprecian claramente en todos los **cuentos heterosexuales que nos han contado de pequeñas**; en ellos todas las relaciones eróticas son hacia el sexo opuesto.

Mi posición en torno a la heterosexualidad y la homosexualidad coincide con la concepción de Oscar Guasch (2000) que las considera mitos, en el sentido de que son narraciones creadas artificialmente, y transmitidas mediante libros sagrados. **Mitos que explican** el mundo desde un punto de

vista particular, **desde una ideología** que al imponerse se convierte en hegemónica, y q**ue modela y construye nuestro deseo y afectos**, a la vez que justifica el orden social establecido. En este sentido, la homosexualidad es un cuento dentro de otro cuento, "*un mito que explica otro mito. La homosexualidad es un epifenómeno de la heterosexualidad; pero no es posible entender la una sin la otra*" (Guasch, 2000).

También nos parece acertada la definición de la heterosexualidad según Elisabeth Badinter (1993), que la considera una institución política, económica, social y simbólica que **se impuso como norma obligatoria a finales del siglo XIX:** "*Se acusa a los sexólogos de haber creado dicha institución, al haber inventado la palabra "heterosexualidad" como el contrapunto positivo de "homosexualidad" y haber impuesto aquella como la única sexualidad normal*".

Para Óscar Guasch (2000), l**a heterosexualidad, más que una forma de amar, es un estilo de vida que ha sido hegemónico en los últimos 150 años.** La heterosexualidad nace asociada al trabajo asalariado y a la sociedad industrial: "*Se trata de producir hijos que produzcan hijos. Para las fábricas, para el ejército, para las colonias durante más de un siglo, casarse y tener hijos, que a su vez se casen y los tengan, ha sido la opción considerada natural, normal y lógica*".

Es entonces cuando la pareja estable y reproductora se elige en modelo social a seguir; "*por eso a lo largo de la historia solteros y solteras han sido una especie de minusválidos sociales. En ellos se hacían visibles las carencias, los peores temores: vivían (y sobre todo morían) solos, sin hijos*".

Guasch define la heterosexualidad como **sexista, misógina, homófoba y adultista**. Para él posee cuatro características fundamentales:

- Defiende el matrimonio o la pareja estable;
- Es **coitocéntrica**, **genitalista** y reproductora;
- Interpreta la sexualidad femenina en perspectiva masculina y la hace subalterna,
- Persigue, condena o ignora a quienes se desvían del camino heterosexual.

Los estudiosos que han analizado la homosexualidad desde un punto de vista transcultural constatan un determinado número de constantes. El sociólogo **Frederick Whitam**, tras haber trabajado durante varios años entre comunidades de países tan distintos como los Estados Unidos, Guatemala, Brasil y Filipinas, **sugiere seis conclusiones**:

- **Hay personas homosexuales en todas las sociedades.**
- El porcentaje de homosexuales parece ser el mismo en todas las sociedades y permanece estable con el paso del tiempo.

- Las normas sociales no impiden ni facilitan la aparición de la orientación sexual.

- **En cualquier sociedad mínimamente numerosa aparecen subculturas homosexuales**.

- Los homosexuales de sociedades distintas tienden a parecerse en lo que respecta a su comportamiento y sus intereses.

- Todas las sociedades producen un *continuum* similar entre homosexuales muy masculinos y homosexuales muy femeninos.

A partir de estos estudios, Badinter afirma que la homosexualidad es una forma fundamental de la sexualidad humana que se expresa en todas las culturas. L**a homosexualidad existe en otras especies animales** (Foucault, 1976; Kirsch y Weinrich, 1991). Beach y Ford, (1951) constataron que, de hecho, se da en la mayoría de las especies de mamíferos y culturas humanas. Helen Fisher (1992) señala que la homosexualidad **es aún mayor en otras especies;** es decir, cabría aventurar que lo natural sería que las relaciones homosexuales entre los humanos fueran incluso más frecuentes de lo que son, pero en muchas culturas humanas está reprimido socialmente. La presión evolutiva, según Fisher, no sólo favorece las conductas reproductoras: la homosexualidad podría tener funciones adaptativas como la de estrechar los lazos de la comunidad y/o la de reducirla densidad demográfica en condiciones de hacinamiento.

Tanto los hombres como las mujeres homosexuales, a lo largo de los siglos, han sido **excluidos o marginados** socialmente, insultados y humillados, perseguidos, **encarcelados, torturados, quemados en la hoguera, apedreados hasta la muerte o recluidos en campos de concentración.** La homosexualidad ha sido tratada como enfermedad, delito, pecado, vicio, aberración, patología, desviación, y ha sido, a menudo, asociada a la obscenidad, la perversidad y la promiscuidad. Los estereotipos y los modelos negativos han recaído en ellos con una extrema crudeza, y aún hoy en día se sigue condenando y ejecutando o lapidando a gays y lesbianas en multitud de países.

En 1910, Sigmund Freud elabora su **teoría de la bisexualidad originaria**, en la que afirma que todos los seres "*pueden tomar como objeto sexual a personas del mismo sexo o a personas del otro sexo… Reparten su libido ya sea de manera manifiesta, ya sea de forma latente sobre objetos de ambos sexos*". A lo largo de su obra, Freud defiende el carácter natural y no patológico de la homosexualidad, en contra de los sexólogos y sus propios colegas psicoanalistas, y afirma que la heterosexualidad es tan problemática como la homosexualidad. Además, según Freud, todos "*en un momento dado la hemos practicado aunque después unos la hayan relegado al inconsciente y otros se defiendan manteniendo una enérgica actitud contraria a ella*").

Tras la II Guerra Mundial el mito de la heterosexualidad empieza a ser cuestionado. Algunos estudios, entre ellos los estudios *Comportamiento sexual del hombre* (1948) y *Comportamiento sexual de la mujer* (1953) de **Alfred Kinsey**, han mostrado que **la mayor parte de la población parece ser al menos ligeramente bisexual.** La mayoría tiene cierta atracción hacia ambos sexos, aunque se suele preferir uno de ellos. Según las encuestas de Kinsey, sólo el 5%-10% de la población puede ser considerada como exclusivamente heterosexual u homosexual, por lo que el resto (entre un 80% y un 90%) de los hombres y mujeres estudiados eran bisexuales. Sólo un 5% de éstos no tenían ninguna preferencia especial entre hombres y mujeres.

Este informe expuso que existen tendencias homo y heterosexuales en la mayor parte de los seres humanos y que su proporción varía entre una heterosexualidad exclusiva y una homosexualidad exclusiva. El informe Kinsey demostró que si bien tan sólo un 4% de la población masculina era exclusivamente homosexual desde la pubertad, un 37% de hombres y un 19% de mujeres reconocían haber mantenido al menos una experiencia homosexual con orgasmo entre la pubertad y la edad adulta. Un 30% de la población censada había tenido una experiencia homosexual accidental entre los 16 y los 55 años. La encuesta realizada por **Shere Hite** años más tarde confirmó los trabajos anteriores.

A mediados del siglo XX entran en crisis los modelos clásicos para el control social de la sexualidad, y **en los 60 comienza la llamada *revolución sexual*** que quiere liberar al cuerpo de la noción de pecado, de las normas impuestas por el catolicismo y el puritanismo, de las prohibiciones, el sentimiento de culpabilidad, los prejuicios, y las restricciones de la sociedad para disfrutar del placer.

Un grupo de estadounidenses homosexuales rompieron su silencio obligado "*para acabar con una clandestinidad vivida dolorosamente como una patología*" (Elisabeth Badinter, 1993). Sustituyeron el término "homosexual" por "gay", palabra más neutra que designa una cultura especifica y positiva. **El principal objetivo del Movimiento Gay fue y es demostrar que la heterosexualidad no es la única fórmula de una sexualidad *normal*.** Las siglas internacionales de este movimiento fueron LGB (Lesbianas, Gays, Bisexuales), que con el tiempo ampliará su campo de acción incluyendo la T de Transexuales (LGBT) y hoy también la Q de Queer (LGBTQ).

El australiano Denis Altman señala cómo en el transcurso de una década, entre 1970 y 1980, tanto en los Estados Unidos como en otros lugares del mundo se asiste a la **aparición de una *nueva* minoría**, dotada de cultura propia, de un estilo de vida específico, con su propia expresión política y sus reivindicaciones de legitimidad. La aparición de esta minoría gay ha constituido un considerable impacto en la sociedad global, principalmente porque **ha alcanzado mayor grado de visibilidad y mucho poderío económico**, y mediático, especialmente en ciudades como San Francisco o en barrios populares como **Chueca en Madrid**.

Las organizaciones LGBT plantean la diferencia como un orgullo que ha de visibilizarse socialmente y que ha logrado, con el tiempo, institucionalizarse. En los 80, los Estudios Gays se alinearon con los Estudios de Género para plantear la **deconstrucción de la heterosexualidad** como forma de sexualidad única, dominante y "*natural*" o "*normal*". También se cuestiona la división de los roles sexuales, y se plantea que el género no puede ser pensado como una categoría acabada, sino como **procesos, como estados en continua evolución** (Oscar Guasch). Así, al igual que los Estudios de Género encontraron que no existe una sola forma de ser mujer u hombre, y que existen multitud de ideologías de la masculinidad y la feminidad, l**os estudios gays reivindicarán la multipluralidad de las identidades gays.**

Se ha debatido mucho, en el seno del análisis de la construcción sociocultural de la identidad, **si existe una identidad específicamente homosexual**. Para unos es indudable que existe, para otros la homosexualidad constituye un factor más, junto con los de género, clase, raza, educación o religión, que determina la construcción de la identidad. Para autores como Manuel Castells (1998), l**a homosexualidad y el lesbianismo no pueden definirse como preferencias sexuales; son, fundamentalmente, identidades**. "*Y de hecho, dos identidades distintas: lesbianas y gays. No vienen dadas, no tienen su origen en cierta forma de determinación biológica. Aunque existe predisposición biológica, la mayor parte de los deseos homosexuales se mezclan con otros impulsos y sentimientos, de tal modo que la conducta real, las fronteras de la interacción social y la identidad personal se construyen cultural, social y políticamente*".

Muchos bisexuales sienten que no encajan ni en la comunidad gay ni en el mundo heterosexual, y como tienden a ser "invisibles" en público (ya que se confunden sin problemas en las sociedades homosexual y heterosexual), algunos de ellos han formado sus propias comunidades, cultura y movimientos políticos, por ejemplo a través del **movimiento *Queer***, que critica la política identitaria gay de los 70 y 80.

Según el nuevo movimiento *queer*, **lo gay y lo lésbico niegan la bisexualidad y reducen el travestismo, el transgenerismo y la transexualidad a la invisibilidad**. Los colectivos de personas que no encajan en modelos de belleza, estilos de vida o ideologías políticas critican lo gay y lo lésbico porque excluyen la variedad y la diferencia. No construye igual su identidad un chico joven de Chueca que otro que vive en el campo, ni tienen los mismos problemas las lesbianas ancianas que viven en un pueblo de mentalidad cerrada que las actrices lesbianas y ricas de Hollywood.

Un grupo de militantes bolleras, negras, chicanas, de *trans*, de maricas seropositivos, pobres, emigrantes, parados, personas intersexuales, van a autodenominarse *queer* para tomar distancia del término "gay", que a finales de los 80 representaba solamente una realidad de varones homosexuales, blancos, de clase media o alta, con un proyecto

político de integración normalizada en el sistema social y de consumo, y que excluía toda esa diversidad de sexualidades minoritarias articuladas con posiciones de raza, clase, edad, enfermedad, migración, pobreza, etc.

En lugar de tratar de ser igual que *todo el mundo* (**y pretender que "todos" significa blancos, de clase media, conservadores y heterosexuales**), la política "queer" implica la demanda del respeto y de la igualdad para cualquier modo de vida que opten por tomar las personas, independientemente de su género, su orientación sexual, su raza, su nivel socioeconómico, su edad o su religión.

"Hace mucho tiempo que la heterosexualidad dejó de tener nada que ver con el sexo. Sólo comprendo esta relación homo-het-erótica como una guerra entre especies de diverso rango y jerarquía. Los heterosexuales son la especie dominante siempre: "la democracia es heterosexual", me digo".

Ricardo Llamas y Francisco Javier Vidarte (2000)

En la actualidad occidental, las leyes que tratan de eliminar la discriminación por cuestiones de orientación sexual **están logrando la *normalización* de la homosexualidad y la transexualidad**. En España, por ejemplo, los homosexuales y las lesbianas pueden casarse y adoptar hijos, lo que ha tenido (y está teniendo) profundas consecuencias para las estructuras sociales básicas (principalmente el matrimonio y la familia nuclear tradicional).

Muchos autores señalan que gracias a estas mutaciones de carácter simbólico, económico, político y social, podemos hablar claramente de una ***crisis del patriarcado*** (Castells, 1998) y una ***crisis de la heterosexualidad*** (Guasch, 2000). Sin embargo, autoras *queer* como **Beatriz Preciado** opinan que esta *normalización* favorece las políticas pro-familia, tales como la reivindicación del derecho al matrimonio, a la adopción y a la transmisión del patrimonio.

Algunas minorías gays, lesbianas, transexuales y transgéneros reaccionan hoy contra ese esencialismo y esa normalización de la identidad homosexual. Para Preciado y otros autores, esa normalización equivaldría a una "heterosexualización de la homosexualidad", lo que supondría seguir reproduciendo los esquemas tradicionales del patriarcado trasvasados al mundo gay.

5 El Mito del Matrimonio por Amor

El siglo XIX puso de moda el matrimonio. Hasta entonces, casarse era una práctica exclusiva de las clases poderosas, que teniendo patrimonio, necesitaban legalizar un contrato económico entre dos familias que se unen a través de sus futuros descendientes. El matrimonio ha sido, tradicionalmente, una institución basada en el intercambio genético y la actividad reproductiva, y también en el intercambio de bienes y propiedades del patrimonio familiar.

Los matrimonios, eran, pues, cosa de reyes y reinas, condes y condesas, marquesas y marqueses, vizcondes, etc. Eran actos públicos que tenían normalmente unas consecuencias políticas relevantes para los Estados y para la vida cotidiana de sus ciudadanos.

Mediante estos enlaces nupciales se configuraban y desconfiguraban los reinos, se cambiaban los mapas de la época, y se lidiaban los asuntos políticos de los gobernantes de cada país. Ahora que los países ya no son propiedad de los monarcas, las bodas reales siguen manteniendo sin embargo su poder simbólico, porque su visionado por televisión sigue vendiéndonos un modelo de pareja muy concreto, heterosexual, monogámico e idealizado, manteniendo los sueños de mujeres que quieren ser princesas.

Y lo curioso es que desde sus inicios, y hasta el Romanticismo, amor y matrimonio no tenían nada que ver. El amor no ha sido nunca un requisito para la firma del contrato entre dos familias. De hecho, muchos autores defienden la idea de que el amor ha sido siempre un fenómeno extramatrimonial, es decir, de carácter adúltero; un ejemplo de ello es el amor cortés, del que aún conservamos restos en nuestra cultura amatoria.

En el matrimonio, las cuestiones económicas iban por un lado, y las cuestiones amorosas por otro. Ha sido así a lo largo de los tiempos hasta que cambió la tendencia; en la actualidad la mayor parte de las parejas se unen por amor (en España, por ejemplo, el amor es citado en las encuestas como principal motivo para unirse legalmente a alguien).

Los primeros intentos de institucionalizar el matrimonio tuvieron lugar en Europa alrededor del siglo XII, en el seno de la religión cristiana. Según Amando de Miguel (1998), la poligamia comenzó a perder aceptación en el siglo VIII, y la monogamia fue abriéndose camino poco a poco, especialmente en la mayoría de las comunidades judías (excepto la española).

Por otro lado, la práctica del concubinato era muy común en el mundo Mediterráneo; tan común que no es raro encontrar verdaderos contratos de concubinato en los registros notariales de la Baja Edad Media, según Leah

Otis-Cour (2000). En Italia toda una generación de juristas de Ferrara defendió su legitimidad, pero en Francia, Alemania e Inglaterra los tribunales eclesiásticos procesaban a los hombres que vivían en concubinato; muchos de estos casos acababan en matrimonio.

Según Otis-Cour (2000), en el Norte de Europa la mayoría de las relaciones de concubinato parecen haber sido equiparables al matrimonio; era incluso habitual que los amantes compartiesen sus propiedades como cónyuges. Cuando había hijos, sin embargo, se podían casar para evitar su bastardía o ilegitimidad. Con el tiempo, el concubinato fue progresivamente degradado social y simbólicamente; el siglo XV fue una época de endurecimiento progresivo de las normas morales, tanto por parte de las autoridades eclesiásticas como los intelectuales y las autoridades civiles.

Fue alrededor de los siglos XII y XIII cuando se instituyó el matrimonio como un sacramento indisoluble. Ahí comenzó la lucha de la Iglesia cristiana contra el concubinato, la poligamia y el incesto: el clero quería evitar la endogamia de los poderosos, que se casaban entre sí creando grandes concentraciones de tierras y riqueza.

Además se intentó que las clases populares adoptaran las mismas costumbres que las clases altas, pero como hemos visto, a la gente en la Edad Media no le gustaba casarse y preferían las relaciones que se adoptan libremente sin la mediación de ningún factor externo como el Estado o la Iglesia. Debido a las resistencias de la población , la Iglesia tuvo que ofrecer una razón convincente a los campesinos para que accedieran a regularizar su situación ante las autoridades religiosas, o al menos, una motivación que encubriera la necesidad de la Iglesia de tener presencia en todos los momentos importantes en la vida de las personas: nacimientos, uniones, entierros…

La teoría legitimadora del sacramento matrimonial se basó en presentar el erotismo como pecado, condenando así la relación sexual fuera de la tarea reproductiva. Se hizo énfasis en el amor, que se erigió como factor importante entre los cónyuges. Dado que iban a permanecer toda su vida unidos trabajando la tierra, lo mejor era que lo hiciesen en armonía, llevándose bien, respetándose mutuamente, cuidándose el uno al otro.

En el siglo XVIII, momento en el que la clase media adquirió protagonismo y aumentó en número, la nobleza y la burguesía acomodada no disimulaban en absoluto la conveniencia en el matrimonio. Eduard Fuchs, en su "Historia Ilustrada de la Moral sexual" (1911), aporta multitud de ejemplos que permiten documentar "cuán cínicamente se prescindía en todas partes del más mínimo disimulo ideológico, evitándose el uso de la palabra amor en la boda, prohibiéndose incluso en ocasiones, como cosa risible y pasada de moda. (…) En el caso de la mediana y pequeña burguesía no podemos hablar de un cinismo semejante. Aquí el carácter comercial del matrimonio está cargado de embellecimiento ideológico. El hombre decía cortejar durante mucho tiempo a una joven, hablar únicamente de amor, ganarse el respeto de la joven cuya mano solicitaba y debía ganar su amor demostrando cuán digno era de ella".

Así vemos como cuando no se puede por la fuerza es mejor utilizar medios más sutiles: seducir a la mujer mitificando el amor y la figura de la feliz casada. El segundo paso fue la sujeción legal y económica de la mujer al hombre por medio del matrimonio. Esta realidad afectó sobre todo a la burguesía, porque los campesinos seguían labrando juntos la tierra y porque no tenían patrimonio que legar a sus descendientes.

El tercer estadio, el momento clave, sucedió cuando el libre consentimiento se instituyó como la base del matrimonio: es entonces cuando el amor y el matrimonio quedaron firmemente unidos. Los contrayentes empezaron a elegir pareja, y los cabezas de familia dejaron de decidir sobre el destino de las vidas de sus hijas e hijos; los hombres y las mujeres empezaron a elegir por su grado de afinidad y sus sentimientos. Gracias a esta libertad se constituyó el mito del amor legalizado, que invisibiliza por fin la dimensión económica del matrimonio y lo hace una práctica más sentimental que contractual.

Es cierto que esta dimensión económica solo se tiene en cuenta cuando la gente se casa por amor con alguien de una clase social muy superior; entonces hay gente que emite sus sospechas. Si un hombre de clase social baja se une a una mujer de clase alta los rumores sociales suelen ser: "se casa por dinero", "se casa por prestigio", "vaya braguetazo ha dado", etc. como sucede con el novio de la duquesa de Alba, con el que además de diferencia social y económica, se lleva más de treinta años. En el caso contrario, el ejemplo de la boda real del príncipe heredero español con una mujer de la clase trabajadora madrileña, muchos pueden pensar que él está enamorado, pero que ella es una mujer ambiciosa.

El amor posee una dimensión no sólo económica, sino también política: la gente se siente atraída y se enamora de la gente con poder y recursos. Es lógico en unas sociedades donde existe la propiedad privada, y donde la competición es la norma. Enamorarse de una persona con recursos, según los sociobiólogos, es una ventaja adaptativa que surge frente a la crueldad e injusticia de un sistema desigual en el que impera la ley del más fuerte.

La falta de autonomía femenina (a las mujeres burguesas no se les dejaba trabajar y los sueldos de las obreras han sido siempre inferiores a los de los varones) ha propiciado la dependencia económica de las mujeres en torno a sus padres o sus maridos. El matrimonio ha sido siempre, hasta la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral, una forma de salvación porque ser elegida por un hombre implicaba tener asegurados los recursos para las mujeres y sus hijos e hijas.

Quedarse solterona era una desgracia que minaba la autoestima de una mujer, porque se la señalaba como fracasada, rara, víctima social o lesbiana. En la sociedad patriarcal, las "señoras" tienen más estatus que las mujeres solteras, y el anillo nupcial es un tesoro que los hombres patriarcales otorgaban a una mujer, pero no lo hacen con cualquiera ni a cualquier precio.

En las películas de Hollywood siempre se representa a los hombres como eternos furtivos, seres que huyen al galope del compromiso hasta que por su edad no les queda más remedio que asentar la cabeza junto a alguna

mujer buena. Mientras, las mujeres buenas imponen el anillo como condición para estar juntos: "yo te doy mi virginidad, tú me das el anillo". Es una tarea difícil (ablandar su corazón para que se deje querer y para que sepa valorar la ternura que ella le ofrece), pero en los happy end las heroínas lo logran con bondad, autosacrificio, discreción y sobre todo, lealtad.

Son muchos los relatos que nos han hecho creer que el día más importante en la vida de una mujer es el de su boda. Curiosamente, las mujeres casadas también se ilusionan con las bodas ajenas porque aunque su matrimonio no haya sido la panacea de la felicidad, siguen creyendo en el mito de que la mejor demostración de amor de un hombre es casarse con una mujer. De modo que las mujeres son más propensas a desencantarse con el matrimonio porque le ponen más expectativas que los hombres, que identifican menos las aventuras románticas con el compromiso nupcial.

Y sin embargo, a pesar de que el matrimonio aparece siempre como la máxima aspiración vital y profesional de las mujeres, creo que no se han estudiado a fondo las ventajas del matrimonio para los hombres, que obtienen, creo, muchas más que las mujeres. En el matrimonio tradicional, los hombres al casarse consiguen una asistenta doméstica que les cuida, que les da hijos, que les alimenta, que les viste, que les desnuda, que les espera en casa.

El problema radica precisamente en lo que cada uno espera del matrimonio. Ahora que las mujeres podemos trabajar y algunas pueden ser independientes económicamente, tener un hombre al lado ya no es suficiente razón para renunciar a la libertad de la soltería. Las mujeres dicen casarse por amor y desean una relación intensa, profunda y romántica, pese a lo imposible de mantener la pasión del inicio durante años. Cuando ésta decae por el paso del tiempo y la convivencia, existe una frustración que flota en el ambiente conyugal, un malestar al hacerse evidente que la armonía y la felicidad matrimonial son un cuento que nos han contado.

En la actualidad, son las mujeres las que interponen las demandas de divorcio, y son muchas las personas que vuelven a enamorarse de nuevo, y a casarse de nuevo, creyendo que por fin ha encontrado el amor eterno que no se agota ni decae. Esta utopía del matrimonio como fuente de felicidad es paradójica, porque todo el mundo conoce las cifras de divorcios y separaciones, pero no parece que desistamos en nuestra idea de encontrar a la media naranja, a la persona ideal, a la pareja perfecta que nos colme por completo y para siempre.

Según Denis de Rougemont (1976) la característica más peculiar del matrimonio en el siglo XX fue que trató de conciliar amor romántico con el matrimonio, cuando son conceptos contrarios entre sí, porque el amor pasional caduca y el matrimonio está concebido para durar para siempre. El matrimonio ofrece estabilidad, seguridad, una cotidianidad, una certeza de que la otra persona está dispuesta a compartir con nosotros su vida y su futuro. El amor pasional en cambio es un amor basado en la contingencia, el miedo a perder a la persona amada, el deseo de poseer lo inaccesible, el delirio arrebatado, el éxtasis místico, la experiencia extraordinaria que nos trastoca la rutina diaria.

Es por esto que existe la crisis del matrimonio burgués, avalada por la cantidad de divorcios que se producen, según De Rougemont. Muchos depositan unas esperanzas pasionales en el amor domesticado que no casan con la realidad; a causa de estas expectativas surge la frustración. A los seres humanos nos cuesta resignarnos a la idea de que no se puede tener todo a la vez: seguridad y emoción, estabilidad y drama, euforia y rutina. Por eso creo que no hay crisis, sino al revés, que el matrimonio hoy es un acto masivo; incluso gays y lesbianas han querido sumarse a esta práctica.

Pese a la idealización del matrimonio, éste es hoy en día un dispositivo más de consumo, un ritual sentimentalizado e idealizado que luego revela su verdadera dificultad, porque todas las relaciones humanas son dolorosas, difíciles, hermosas, rompibles, indestructibles, intensas, y complicadas. Si además no somos seres perfectos, ¿cómo vamos a crear estructuras sentimentales perfectas? El caso es que de utopías nos alimentamos….

Coral Herrera Gómez

Fuente de los artículos:

El Rincón de Haika

El Rincón de Haika en las redes:

El Rincón de Haika en Google+

El Rincón de Haika en Scoop

El rincón de Haika en Facebook

Coral Herrera en Facebook

Coral en Pinterest

Coral en Youtube

@coralherreragom en Twitter

Coral Herrera Gómez

Nací en Madrid y vivo en Costa Rica. Soy una apasionada de las letras, del queer y de las redes sociales. He publicado dos libros con la Editorial Fundamentos y la Editorial Txalaparta sobre temas de género (identidades, teorías, movimientos, cuerpo, sexualidad, emociones, política, afectos, deseos, derechos humanos). Escribo en El Rincón de Haika desde hace 5 años y colaboro con diversas revistas, del ámbito académico y del ámbito periodístico sobre temas como los feminismos, las masculinidades y los movimientos sociales.

Soy Doctora en Humanidades y Comunicación Audiovisual por la Universidad Carlos III de Madrid, y trabajo como profesora e investigadora, consultora en temas de género y comunicación, escritora y Social Media Manager en instituciones como UNESCO y AECID, en dos editoriales españolas, en la Universidad de la Sorbona en París y en la Universidad Carlos III de Madrid.